

todo lo dicho á su consideracion, con objeto de que me haga al menos justicia, y comprenda la verdad que he expuesto en estos desaliñados renglones.

Ofrezco por otra parte ocuparme de la egecucion de todas las obras musicales que se ofrezcan ante el público, haciendo la crítica de ellas, no como enemigo injusto, sinó con la idea, de que aunque sin autoridad para ello, se enmiende en lo posible quien debe, y no se cometan tantos sacrilegios artísticos.

UN MÚSICO VIEJO.

## LA CARA.

Si los ojos son el espejo del alma, la cara es un bazar y valga la metáfora un poco atrevida.

Tanto los ojos dicen (como que por ellos se asoma el alma) que á sus miradas las llamamos compasivas, alegres, tristes, amorosas, terribles y en suma, elocuentes; las adjetivamos á nuestro gusto, por mas que nos equivoquemos. Y con ser lo que en el alma pasa aquello que los ojos copian, aunque los ojos muchas veces mienten, es seguro que aquello á la cara tambien sale y ella ayuda á despachar la expresion de nuestros íntimos afectos, unas veces ciertos y otras mentidos.

Que los ojos dicen mucho es indudable; pero lo dicen todo? No, que á la cara sale asimismo el rubor, la vergüenza; si la mirada retrata el furor la cara tórnase roja, si el miedo, pálida. Si nos arrebató la ira, la expresarán los ojos; pero los labios tiemblan; tambien fulgurarán la indignacion, mas la frente se contrae; retratarán la venganza y la nariz se dilata.

Si, pues, los ojos no lo dicen todo, más verdad es que mienten muchas veces lo que tras de ellos pasa. Y en tal caso, la cara ayuda á la falsificacion de lo que expende el alma.

Aunque el vulgo diga que no sabe como ciertos hombres tienen cara para esto y para lo otro, es muy cierto que de no tenerla, la hipocresía fuera coja. No basta tampoco que los labios mientan, pues está probado que los ojos mienten y la cara toda.

Si así no fuera ¡que de crímenes se evitarían! El mundo sería entonces una balsa, mitad de fango al fin, pero la otra mitad tambien de aceite. Mas así ¿qué es el mundo?

No hay cosa mas dada á equivocaciones que la cara. Los hombres todos nos forjamos allá en nuestra imaginacion una coleccion de caras que son como personificaciones de todos los vicios, de todas las virtudes, hasta de los empleos, profesiones y oficios, absolutamente de todas las cosas.

¿Porqué nos hemos de empeñar en que los grandes criminales tengan una cara feroz, atrabiliaria? Leer un crimen horripilante en un periódico y figurarnos enseguida que el que lo ha cometido tiene la mirada estúpida ó sesgada, la frente chata, los pómulos prominentes, la nariz ancha, los labios gruesos, la barba espesa y fuerte, es todo uno; y sin embargo, no es esa la regla general; que esos crímenes que acusan la ausencia total de senti-

mientos, que revelan una premeditacion fria y calculada, y que se cometen con tanta frecuencia en el extranjero, tienen por autores á hombres de cara muchas veces hasta hermosa; ojos grandes, mirada dulce y tranquila, frente ancha y despejada, nariz correcta, labios finos y barba suave y sedosa. Como que su cara suele ser pasaporte para vivir en lo que se llama buena sociedad, á costa de crímenes que comete lo mismo con la buena que con la mala.

Por el contrario, la virtud, el talento, la ciencia, el éxito, que los creemos vinculados en las caras felizmente proporcionadas suelen darnos bastantes cnascos.

Mirad sinó las calabazas que anchas y mondas están, pues á ellas se parecen esas espaciosas frentes que forman parte de unas caras, cuyos propietarios tienen muy poco de lo de Salomon, sin embargo de parecer unas eminencias por sus frentes.

Luego dicen que la virtud yace ignorada. ¡Es claro! pasamos por el lado de hombres, cuyas caras ó dan miedo ó nos son indiferentes por lo vulgares; y mientras nosotros vamos á cualquier parte, ellos llevan acaso el consuelo de la caridad al infortunio y la desgracia.

Unas veces lo hemos visto, otras bajo la fé de la historia lo sabemos, ha habido hombres de repugnante cara, que exaltados por alguna noble virtud, impulsados por generosos sentimientos, inflamados del sagrado amor de la pátria se han transfigurado en ella y han arrebatado á muchedumbres y pueblos retratándose en sus rasgos la belleza de un alma grande y generosa.

Los hombres mas apartados de la sociedad, en los tiempos en que no se peca por cierto de esa candidez de nuestros antepasados, fingense á los reyes, por ejemplo, con alguna particularidad en la cara que los distingue de los demás mortales. Y luego, qué? Una cara de tres al cuarto.

Puede soñar el pueblo á sus ídolos, de cara que retrate por lo menos su elocuencia, y no obstante, nada mas erróneo.

Hay que confesar que muchas veces se acierta con las caras; pero no todos los hombres tienen ese don ó ese estudio. ¿Quién estirpa las cataratas? el médico y aun se supone que mejor que el médico de todas las enfermedades, el oculista. Pues bien, esas caras que dicen unas veces exactamente y otras no lo que en el alma sucede, las distingue y separa mentalmente de las demás que nada dicen, el fisonomista; á tal cara tal hombre por dentro: el fisonomista tiene mucho adelantado para guardia civil.

Las caras rurales engañan; las hay escuálidas, súcias, surcadas, con huellas indelebles de privaciones. Sale al paño uno que conoce á un tío Diego que lleva una de esas caras, y sin más ni más os dice:—Ve V. la cara de ese hombre? pues ese hombre tiene un millon de capital. Y la cara es de un pordiosero.

Mas las caras de los hombres de las grandes poblaciones llevan la falsificacion hasta el refinamiento.

Unas grandes patillas en una cara de color blanco ó moreno, mirada imperativa, denuncia á un banquero, á un hombre de grandes negocios, á